

Tropos y tropas: la retórica en la *Primera parte de la Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León

Tropes and troops: rhetoric in the first part of Pedro Cieza de Leon's Chronicle of Peru

Charles B. Moore*
Universidad de Gardner-Webb

Recibido: 10 de febrero de 2010. Aceptado: 16 de agosto de 2010 (Eds.)

Resumen: la *Primera parte* de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León es la primera crónica sobre la conquista española de América del Sur. Es, además, una obra fundamental sobre las culturas indígenas que los conquistadores conocieron en aquellos primeros días de la colonia. Hasta ahora, la *Crónica* se ha estudiado más como una obra histórica, brindándoles poca atención a los tropos y tópicos retóricos que sorprendentemente la enriquecen. Este estudio no solamente identifica estos elementos, sino que traza también sus fuentes y examina su función embellecedora para así captar la benevolencia de la Corona española y la imaginación del público europeo ya entusiasta, si no impaciente, por aprender más sobre el Nuevo Mundo americano.

Descriptores: Literatura hispanoamericana; Literatura de la Colonia; Literatura del siglo XVI; Crónica; Cieza de León, Pedro.

Abstract: The *First Part* of the *Chronicle of Peru* by Pedro Cieza de Leon is the first chronicle about the Spanish conquest of South America. In addition, it is a fundamental work about the indigenous cultures that the conquerors encountered during the early years of colonization. Until now, the *Chronicle* has been studied more as an historical work with little detailed attention given to the rhetorical tropes and topics that surprisingly adorn it. This study not only identifies these elements but traces their sources and examines their embellishment function which aimed to capture the attention of the Spanish Crown and the imagination of a European culture already enthusiastic if not impatient to learn more about the American New World.

* Magíster en Español de la Universidad de George Mason en Fairfax, Virginia, EEUU. Ph.D. en Literatura Hispanoamericana Colonial de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, Carolina del Norte, EEUU. En la actualidad es Profesor de Español en la Universidad de Gardner-Webb en Boiling Springs, Carolina del Norte, EEUU. (cmoore@gardner-webb.edu).

Key words: Spanish Literature; Colonial Literature; Cieza de León; chronicle; 16th century; South America

Introducción

Desde la publicación de la *Primera parte* de su *Crónica del Perú* (Sevilla, 1553), el soldado vuelto cronista, Pedro de Cieza de León, ha sido elogiado como el más fidedigno, autoritativo, confiable y cuidadoso de todos los cronistas de América (Cook, 1998, 27).¹ También descrito como “uno de los autores más singulares, fecundo, inteligente, observador, incansable y prolífico”, Cieza incluso ha sido homenajeado como “el príncipe de los cronistas de Indias” (Ballesteros, 2000, 5).

Entre otros méritos, los críticos han señalado la organización, la claridad y la equidad en su obra tanto en la calidad de sus escritos como en la amplitud de sus temas. Han considerado su estilo “fluido, vívido, y jugoso” y están alucinados ante “la brevedad del tiempo en que [sus trabajos] fueron compuestos” (5). Una de las reseñas más elocuentes es la de Guillermo Hernández de Alba quien llama la *Crónica* un “documento extraordinario” y efusivamente se maravilla ante su “humanidad”, “veracidad” y “riqueza” tanto como la “llaneza de su estilo”, el “embeleso de su narración” y su “cronología casi perfecta” de la conquista (1951, 385). Por su parte, Hídefuji Someda opina que Cieza logró excitar y satisfacer el interés público del siglo XVI al ser el primer europeo que conoció y escribió sobre la geografía, la historia y la naturaleza de los Andes y la costa occidental de América del Sur (1994, 264).

El propósito de este ensayo es explorar la función y la trayectoria de los tropos y tópicos retóricos que Cieza, un hombre renacentista de armas y letras por excelencia, incorpora en esta obra insigne de la conquista.² A través de este análisis se pueden profundizar comentarios como “vívido”

1 Todas las partes se conocen como: *Parte primera de la Crónica del Perú* (1553); *Segunda parte. Del señorío de los incas yupanquis* (1880); *Tercera parte. Del descubrimiento y conquista deste reino del Perú* (1979), y las *Guerras civiles del Perú* (Pt. IV; 1877, 1881).

2 Así se vincula el juego de palabras del título con el tema de mi ensayo. Al tanto, Cieza escribe en su “Dedicatoria”, “[t]emeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban cansaba yo escribiendo” (2000, 57). Nótese la antítesis entre “descansaban” y “cansaba”, un tropo que estudiaremos más adelante. Todas mis citas de obras primarias en este ensayo contienen la ortografía original de los editores.

y “jugoso”, que han caracterizado la *Crónica* a la vez que se atemperan otros sobre su supuesta claridad, simplicidad y llaneza.

- i. En 1535, a la edad de trece años, Cieza salió de España para América y, en 1541, empezó a escribir su *Crónica*. Durante quince años, entre 1535-1550, luchó en las guerras de la conquista bajo el adelantado Sebastián de Belalcázar y sus capitanes Jorge Robledo, Juan de Vadillo y Juan Cabrera en Cartagena, Colombia y Lima, Perú (Ballesteros, 38-45; Cieza 112-116). En los últimos años de su estadía en América, fue nombrado cronista oficial por el virrey Pedro de la Gasca, quien le dio acceso a los archivos oficiales para escribir su historia. Además de dichos archivos, Cieza usó tanto fuentes personales como notarios, corregidores y un encuestador para producir la obra que intercala con sus propias observaciones de viaje y experiencias de guerra (Ballesteros, 2000, 33- 38).

Al volver a España en 1550, Cieza tenía tanta confianza en la calidad e importancia de su obra que pidió una audiencia con Felipe II. Dos años después, consiguió la autorización personal del Rey para publicar la *Primera parte* de su voluminoso trabajo (Ballesteros, 38- 45; Cook 11). Fue un éxito inmediato, durante el siglo XVI había diez ediciones de la *Primera parte* (Someda, 1994, 264). Reflejando la magnitud de Cieza, Manuel Ballesteros ha notado “[t]odos los que escriben después se nutren de sus noticias” (2000, 36). Confirman esta afirmación la *Apologética historia sumaria* de Bartolomé de Las Casas y los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega que usaron la *Primera parte* de la *Crónica* de Cieza como fuente importante (Someda, 264).

La formación y el estilo literario de Cieza

Aunque sabemos poco de la formación escolar de Cieza, él sí revela unos datos importantes al respecto en sus escritos (Cook, 5). Por ejemplo, mientras describe la religión de los indios, dice, “[e]n muchas historias que he visto, he leído, si no me engaño que en unas provincias [Grecia, Egipto] adoraban por dios a la semejanza del toro” (Cieza, 216). O sobre la zona tórrida agrega, “[y] agora los que habemos andado por estas partes [Perú] hemos conocido lo que hay debajo desta línea equinocial, aunque algunos autores antiguos (como tengo dicho) tuvieron ser tierra inhabitable” (178). Además de este tipo de información auto-biográfica, podemos conjeturar

que antes de salir de España a los trece años Cieza debió haber aprendido a escribir castellano bien, a leer algo de latín, y a familiarizarse con algunos clásicos como Julio César o Plutarco (Cook, 5; Ballesteros, 11). Aunque menciona a Valerio Máximo y a Tito Livio en la “Dedicatoria” (56), a Cicerón en el “Proemio” (65), y a Gonzalo Fernández de Oviedo, a Virgilio y a San Isidoro en el texto de la *Primera parte* (206, 224), algunos creen que tales referencias son solamente “de oídas” o añadidos en el momento de editar la obra final (Ballesteros, 11; Cook 5-6). En otra ocasión, Cieza se refiere específicamente a la *Historia natural y general de Indias* de Oviedo (224), lo cual sugiere que un ejemplar de esta obra pudo haberle llegado al Perú o a España (Ballesteros, 224).

Por su parte, Cieza parece ser consciente de su escasa erudición y probablemente con falsa modestia (Curtius, 127) lamenta en el “Proemio” su “poco saber”, “flaco ingenio” y el talento de “otros varones más sabios” (59, 65). Sin embargo, a pesar de estas limitaciones educativas formales, Ballesteros le cree “un hombre culto y autodidacta” que aprendió a escribir y a llevar a cabo un enorme proyecto de este tipo mayormente por su propia experiencia, determinación e inteligencia natural (11).

Tanto los críticos como el mismo Cieza han comentado su estilo. Por ejemplo Alejandra Parma Cook declara que “[s]u estilo de escribir es sencillo y directo y deja poco espacio para embellecimientos eruditos” (5)³ y “escribió con una precisión y simplicidad que son refrescantes en una época de artificio” (28).⁴ Ballesteros explica, “Cieza, medio siglo antes que Cervantes, usa ya un castellano castizo, claro, rotundo, suelto, que no exige una segunda lectura en ningún momento, para ser entendido” (25). Pedro R. León agrega que la estructura de la *Primera parte* es “simple, y está concebida con miras a la lucidez y claridad de la descripción,” que “es ante todo descriptiva, y enumerativa, y está escrita en un estilo llano, claro, casi desprovisto de adorno retórico,” y que “[l]a simple estructura y el estilo llano de la parte narrativa de la *Primera parte*, corresponde a la intención de Cieza de informar, con la mayor claridad posible, acerca de las condiciones físicas y humanas de América” (*Algunas* 75, 173, 190). León también considera que “[e]n esta parte, las figuras y tropos son usados con

3 La traducción es mía de: “His writing style is simple and direct and leaves little space for erudite embellishments.”

4 La traducción es mía de: “He wrote with a directness and simplicity that are refreshing in an age of artifice” (28).

gran moderación y sin seguir un proceso retórico constante” (*Algunas* 190). Por su parte Cieza intenta corroborar estas observaciones en el “Proemio” de la *Primera parte* cuando dice que su historia no se escribe “con el ornato que requería” y que está “desnuda de retórica” (65).

En las otras partes de la obra, sin embargo, Pedro R. León ha encontrado una abundancia de recursos retóricos como la antonomasia, el epíteto, la digresión, la metonimia, el eufemismo, la exclamación, la seriación, y el paralelismo entre otros (*Algunas* 126, 142, 161, 189; “El gesto”, 448). Además, el crítico ve máximas y citas tomadas de colecciones conocidas y, en la idealización de los incas del pasado y la falsa modestia, influencia de los “claros varones” de Castilla iniciada por Pero López de Ayala, Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar (León, *Algunas* 66, 99, 161, 204).

Estos ejemplos son solamente algunos, propongo, de muchos otros que demuestran la erudición mucho más extensa de Cieza de lo que se ha pensado hasta ahora. Creo que los tópicos y tropos retóricos que estudio a continuación de la *Primera parte* son simplemente demasiado numerosos y sofisticados para creer que Cieza no tenía algún tipo de instrucción formal en el arte de escribir o por lo menos acceso a manuales de retórica a medida que componía o editaba su obra. A su vez, esta retórica pudo haber sido usada por Cieza para mejor promover la misión imperialista mesiánica de España en América (Cieza, 67-68; 366; 382-83) o simplemente como subterfugio para defenderse contra la severa censura de la Inquisición española.

Lo indecible, la *pauca e multis*, y el *occupatio*

Desde Homero los escritores han usado el tópico de “lo indecible” cuando afectadamente “no encuentran palabras” para elogiar apropiadamente a una persona o cuando insisten en su “incapacidad de hablar dignamente del tema” (Curtius, 231). Uno de los temas favoritos de los cronistas y escritores a través de la época colonial, “lo indecible” primero se transporta al Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, quien, sobre la isla de la Española, escribe, “más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba” (176).

En sus *Cartas de relación*, Hernán Cortés remarca que dentro de la gran ciudad de “Temixtitán” había “casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza

de ellas, y por tanto no me pondré en expresar cosa de ellas más de que en España no hay su semejable” (67). Sobre las tierras donde cazaban los indios del gran cacique Guaramental, Juan de Castellanos escribe en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, “[s]on bosques de zavasas estendidas, / [c]on tal densor que no sabré pintallo” (67).⁵ Aun en los *Afectos espirituales* de la Sor Francisca Josefa de Castillo y Guevara de la Concepción, abunda el tópico para “explicar” lo inefable de la purificación y unión del alma con Dios. Sobre una de sus muchas visiones místicas la Madre Castillo lamenta, “[n]o es decible el miedo, pavor, y espanto que esto me causó, sólo tuve el remedio de abrazarme con la imagen de la Santísima Virgen y de mi Padre San Ignacio” (I, 202).

En la *Primera parte* de su *Crónica*, Cieza probablemente pensaba en la misma técnica al escribir en la “Dedicatoria” que hay “infinitas cosas dignas de perpetua memoria” sobre la conquista de las provincias de Perú, Cartagena y Popayán (55). Alega así que aun un Tito Livio o Valerio “se vieran un trabajo en lo contar; porque, “quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son” (56). De la geografía sudamericana agrega luego en el texto de la *Primera parte*:

Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes, a lo que se ha visto y crece; y viene de largo por todo este reino del Perú, y atraviesa tantas tierras y provincias que no se puede decir. (329)

Con “lo indecible” Cieza expresa que no hay palabras ni espacio para hablar de todas las tierras que cubre tan magnífica cordillera. Irónicamente, al callar el tema así, Cieza realza aun más su verdadera grandeza.

Un íntimo pariente de “lo indecible” es el tópico de la *pauca e multis*, o la afirmación o insinuación de que uno no dice sino muy poco de lo mucho que podría expresar (Curtius, 232). Encontrado en la hagiografía tanto como en Virgilio, Prudencio y otros clásicos (232), es igual al llamado *énfasis* que Quintiliano recomienda en su *Institutio oratoria* para referirse ingeniosamente a más de lo que se dice (lib. ix, i, 374-75). Los poetas cultos de clerecía solían interrumpirse así en pleno discurso para “encarecer la abundancia de un tema” (Girón, 137). En su *Libro de buen amor* Juan Ruiz,

⁵ Otros ejemplos de “lo indecible” en las *Elegías* se encuentran en 67, 82, 107, 112, 116, 257.

por ejemplo, nos lamenta afectadamente, “[m]ucho más te diría si pudiese aquí estar, / mas tengo por el mundo otros muchos que pagar” (136-37).

A su vez, Cortés promete que no será prolijo en contar al Rey Carlos V todos los detalles de sus conversaciones con “Mutezuma” (54). Por tanto no dirá “más de que finalmente él dijo que le placía de se ir conmigo” (54-55). En Castellanos, los ejemplos de la *pauca e multis* son aun más numerosos que los de “lo indecible”.⁶ Por ejemplo, después de enumerar a varios hombres que viajaron en la flota del nuevo gobernador de las provincias de Venezuela, George Espira, dice “[v]inieron otros muchos, que no cuento, / [s]oldados de grandísimo momento” (213). Del soldado, Francisco de Reina, afirma que era “[u]n varon tan cabal y tan bastante, / [q]ue con justa razon yo bien pudiera / [d]ecir de sus proezas adelante; / [p]ero la brevedad desta carrera / [n]o da tanto lugar al caminante” (Castellanos, 107). Y sobre las hazañas del capitán español, Antonio Sedeño, escribe, “¿[q]uién os podrá poner en escritura, / [q]ue lleve sonoro su concierto, / [t]anto trabajo, tanta desventura, / [t]an increíble hambre, tanto muerto? / [p]ues lo que digo es abreviatura / [o] cifra muy cifrada de lo cierto, / [y] aunque mas alargásemos la pluma / [t]odavía seria breve suma” (103).

Por su mero número de ejemplos, la *pauca e multis* es tal vez el tópico predilecto de Cieza. Le conviene más que nada para evitar la repetición y a la vez reiterar la precisión y forma completa en que cubre sus temas. Sobre las grandezas del Perú escribe en su “Dedicatoria”, “[d]e todo esto hay tanto que decir, que a todo escriptor cansara en lo escribir. Por esta causa, de lo más importante dello, muy poderoso Señor, he hecho y copilado esta historia de lo que yo vi y traté y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar” (56). Sobre Pasto (Colombia) escribe, “[o]tros pueblos y señores hay en los términos desta villa, que, por ser cosa superflua, no lo nombro, pues tengo contado los principales” (160). O de Guayaquil dice, “[o]tros pueblos y provincias están en los términos desta ciudad de Guayaquil, que no hay que decir dellos más que son de la manera y traje de los ya dichos y tienen una misma tierra” (230). En cuanto al Perú afirma, “[s]in lo dicho, hay por todos estos valles otras frutas muchas y sabrosas que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales” (263). Y de Lima en particular expresa, “[o]tras particularidades della se pudieran decir; mas, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador

⁶ Ver págs. 14, 67, 86, 94, 103, 107, 109, 174-75, 192, 204, 212, 215, 219, 235.

y capitán general en estos reinos, en nombre de su majestad el emperador don Carlos, nuestro señor, año de nuestra reparación de 1530 años” (273). Cuando se corta su discurso con “por cosa superflua,” “tengo contado,” “ya dichos,” “basta haber contado,” y “basta lo dicho,” Cieza sugiere que hay otros datos que retiene. Así, provoca la curiosidad de sus lectores, quienes tendrán que conformarse con lo que él ha escogido a incluir. En el último ejemplo, finge terminar un discurso sobre Lima para empezar en realidad otro en honor de Pizarro y el Rey.

El tópico también le conviene para hacer una digresión. En Ecuador dice, “[a]quí dejaré el camino real por donde voy caminando, por dar noticia de los pueblos y regiones que hay en las comarcas de las ciudades Puerto Viejo y Guayaquil; y concluido con sus fundaciones, volveré al camino real que he comenzado” (203). El “camino real” por donde va no es solamente el nombre español por las vías construidas por los incas (Ballesteros, 170) sino una metáfora (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 160) por el hilo de la crónica que abandona brevemente.

Al contrario, en vez de introducir una digresión así, la *pauca e multis* funciona en otro momento para terminar su narrativa sobre las antiguas construcciones pre-incaicas de Tiaguanaco (Perú). Aquí, Cieza dice con prisa, “[o]tras cosas hay más que decir deste Tiaguanaco que paso por no detenerme, concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de toda el Perú” (352). Este tipo de conclusión brusca o abrupta era frecuente en la Edad Media donde los poetas y prosistas no oratorios buscaban maneras de concluir sus obras más rápidamente de lo que dirigía la retórica (Curtius, 136). Para ese fin desarrollaron diferentes fórmulas como el cansancio, la muerte, una enfermedad, un viaje y el sol poniente o saliente para evitar el largo resumen de todos los puntos principales (Curtius, 136-37). Aunque Cieza no utiliza uno de esos motivos aquí, el apuro de seguir adelante parece ser su excusa en general para terminar.⁷

En forma creativa, a Cieza le gusta usar la *pauca e multis* mucho para promover las otras partes de la *Crónica del Perú* que él está por publicar. En una instancia, primero explica que los españoles dejaron atrás cantidades de esmeraldas, oro y plata porque estaban demasiado débiles para

7 En cambio, el tópico del cansancio sí se ve en las *Elegías* donde Castellanos escribe, “[h]icieron grandes fiestas al prelado, / [r]emediaron al pobre peregrino . . . / [m]as porque yo me siento fatigado / [d]e tan prolijo y áspero camino, / [q]uiero volver las riendas al jurado, / [y] á Limpías, capitán, que con él vino; / [y] allí descansaremos, entre tanto / [q]ue damos orden al futuro canto” (elipsis es del texto, 189).

cargarlos. Luego, inserta, “[y] porque en la tercera parte he dicho ya tener escrito estos sucesos cumplidamente, pasaré adelante” (219). De esta manera, suspende la acción de la crónica y pica el interés del lector para que lea la *Tercera parte* llamada el *Descubrimiento y conquista del Perú*. Este anuncio difiere algo de otro al final de su capítulo titulado, “En que se trata quién fueron los reyes ingas y lo que mandaron en el Perú”, en el cual dice, “[y] pues (como digo) tengo hecho libro destes ingas, basta lo dicho para que los que leyeren este libro entiendan lo que fueron estos reyes y lo mucho que valieron; y con tanto volveré a mi camino” (176). Aquí, sólo alude a un “libro hecho” por no repetir largamente “la *Segunda parte* de la *Crónica* subtitulada el *Señorío de los incas*.” Hacia el final de la obra Cieza es todavía menos preciso cuando corta otra sección con la misma técnica. Allá, simplemente explica que por largas y grandes dejará sus aventuras en Chile, Urabá y Potosí (Bolivia) para otra parte que ya ha escrito (356). Sin decir qué “parte” exacta, afirma, “por tanto, no pasaré de aquí en esta primera parte más de decir los indios sujetos a la villa de Plata que sus costumbres y las de los otros son todas unas” (356).

Luego, durante una explicación de los templos, fortalezas, plateros y tejidos incas declara:

Y porque estas materias se escriben bien larga y copiosamente en la segunda parte, que es de la que pude entender del reino de los ingas que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fue el primero, hasta Guascar, que derechamente, siendo señor, fue el último, no trataré aquí en este capítulo más de lo que conviene para su claridad (227).

Aunque Cieza dice que quiere cortar este discurso, procede con una larga cláusula que resume de qué se trata la segunda parte que supuestamente no quiere incluir aquí. Por eso, mezcla la *pauca e multis* con el *occupatio* o el *paralepsis*, dos tropos que permiten que el ponente incluya un tema al decir que lo pasará por alto (Lanham 68).⁸ De acuerdo con la política mesiánica de la conquista española de América, hacia el final de

8 Vemos algo similar en los *Naufragios*, donde, de sus mercaderías entre los indios del suroeste norteamericano, Álvar Núñez Cabeza de Vaca explica, “[l]os trabajos que en esto pasé sería largo contarlos, así de peligros y hambres, como de tempestades y frios, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé, y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaba” (47).

la *Primera parte* Cieza repite esta técnica para condenar a los violadores del espíritu cristiano:

No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar a los que fueren crueles para con estos indios, pues ninguno dejó de recibir la pena conforme al delito. Yo conocí un Roque Martín, vecino de la ciudad de Cali, que a los indios que se nos murieron cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos, los tenía en la percha para dar de comer a sus perros; después indios lo mataron; y aun creo que comieron. Otros muchos pudiera decir que dejo, concluyendo con que, puedo que nuestro Señor en las conquistas y descubrimientos favorezca a los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, según se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es más de temer (384).

Señala que no escribirá más sobre casos específicos como el de Martín que acaba de contar. Sin embargo, sigue con otra advertencia y diatriba en general contra los abusadores de indios.⁹

Los ejemplos de la *pauca e multis* que anuncian lo que Cieza escribe en las otras partes de la *Crónica* contrastan con lo que dice que no escribe jamás. Por ejemplo explica, “[m]as como yo no escribo generalmente de las Indias, sino de las particularidades y acaecimientos del Perú, no trato de lo que hay en otras partes [i.e. los mineros de alquitrán], y con esto se concluye en lo tocante a la ciudad del Puerto Viejo” (224). Por este medio, Cieza se distingue a sí mismo como especialista regional a diferencia de otros historiadores como Las Casas u Oviedo, quienes escriben obras de tipo más enciclopédicas en el mismo momento. Como tal, Cieza se sirve de la técnica también para convencer a sus lectores de que les entresaca solamente lo más importante de todos los datos disponibles. Por ejemplo, al describir la flora y la fauna de Cartago (Colombia) dice, “[h]ay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña, y cantidad de venados, y algunos conejos y muchos guadaquinajes, que son poco mayores que liebres, y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay, que dejo de contar porque me parece que son menudas” (136). De esta manera,

9 La misma condena de los conquistadores “malos” se encuentra en las *Elegías*, donde, de la destrucción de Cubagua, Castellanos lamenta la “grosedad tan conocida”, la “terrible pena”, “la maldad” y las “cauteladas é invenciones / [i]ndignas de cristianas intenciones” (173).

el lector queda asegurado una vez más de que no malgasta su tiempo si lee esta crónica sobre la región andina.

El tópico le conviene a Cieza además para enfatizar que escribe solamente sobre la verdad. Cuando habla del valle de Pacasmayo (Perú), afirma, “[y] el camino real de ingas pasa por él, como hace por los demás valles, y en éste había grandes aposentos para el servicio dellos. Algunas antigüedades cuentan de sus progenitores, que por las tener por fábulas no las escribo” (266). En otros momentos la *pauca e multis* se usa para cortar el discurso cuando no es posible descubrir la verdad. De esta manera, Cieza escribe que la comunidad de los collas es muy antigua y que hay muchas diferentes dichos y fábulas sobre su origen. Por eso concluye, “yo no quiero detenerme en lo escribir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros que de una peña, otros de lagunas. De manera que de su origen no se puede sacar dellos otra cosa” (341). De nuevo, a través del *occupatio* aunque dice que no quiere detenerse, nos ofrece tres posibles explicaciones. Al tratar de convencernos que se aleja de rumores, chismes y mitos no confirmados así, Cieza intenta mantener su papel imparcial y formal de cronista. Por otro lado, tal comentario podría ser su modo de compensar otras indiscreciones al contrario, cuando, por ejemplo, acepta sin pruebas lo que únicamente ha “oído” sobre la veneración indígena del diablo (92).

La *concisa brevitatis* y el *fastidium*

Cieza insiste a través de la *Primera parte* en que escribe lo más brevemente posible. Estas afirmaciones, sin embargo, son probablemente ejemplos de la *concisa brevitatis* recomendada por Cicerón para que el ponente impresione al público con pocas palabras (*De oratore*, lib. iii, 162). Otras fuentes podrían ser el *brevitatem* de Quintiliano (lib. ix, i, 372-73) y el *fastidium* en el que el escritor finge su deseo de no aburrir a sus lectores (Curtius, 130). De la misma manera, Colón afirma que los indios trajeron “ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir” (112). Cortés prefiere no elaborar sobre todos los trabajos que sufrieron los españoles para llegar a Taniha, México porque “serían largos de contar” (248). Sobre la tormenta que destruyó la flota de Pánfilo de Narváez en la Florida, Cabeza de Vaca escribe, “[c]uento esto así brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos” (32). En cuanto a los castigos que el capitán Jerónimo de Ortal llevó a cabo contra los soldados rebeldes Juan

de Castellanos promete, “[y] en este lugar cumple que mi pluma / [c]on brevedad posible los resuma” (80).¹⁰ Después de mencionar varios lugares que atravesaron los españoles en Chile, Ercilla dice, “[n]o quiero detenerme más en esto, / pues que no es mi intención dar pesadumbre” (24).

A veces este tópico aparece después de que Cieza habla de un tema. Por ejemplo, al dejar de explicar cómo los muchachos peruanos miraban agüeros y señales, dice, “[p]ues ya he contado lo más brevemente que he podido algunas cosas convenientes a nuestro propósito, será bien volver a tratar de los valles” (261). Luego, después de su capítulo sobre la nación de los collas, agrega con *dubitatio* (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 162), “[y] a que he tratado algunas cosas de lo que yo pude entender de los collas, lo más brevemente que he podido, me parece proseguir con mi escritura por el camino real” (346). Para presentarse en forma más suplicante y humilde finge que le fue algo difícil tratar el tema de esa gente pero hizo lo mejor que pudo de todas maneras.

Por el contrario, otras veces la *brevitas* viene antes del tema. Sobre lo que dirá de las ciudades de la frontera del Perú, Cieza advierte, “[n]o determino tratar dellas nada hasta que vaya dando noticia de los pueblos y provincias que me quedan de contar de la serranía, en donde escribiré sus fundaciones con la más brevedad que yo pudiere” (268-69). De esta manera, interesa al lector en lo que viene mientras entreteje varios hilos de su crónica a la vez.

El tópico tiene también un papel compensatorio si Cieza sospecha que su información se repite. Por ejemplo, cuando llega a hablar de las provincias de Guancabamba, Caxamalca y otras áreas similares en Perú, explica, “[p]orque las más provincias deste gran reino se imitaban los naturales dellas en tanta manera unos a otros que se puede bien afirmar en muchas cosas parecer que todos eran unos; por tanto, brevemente toco lo que hay en algunas por haberlo escrito largo en las otras” (286).

Para acomodar a su público explica amablemente que no necesita hablar mucho de todos los reinos ya que unos datos sirven para explicar otros.

Luego, se dirige directamente al fastidio de sus lectores en una larga digresión sobre los indios de Puerto Viejo (Perú). Aquí pondera si fueron conquistados o no por los incas y cuestiona muchos cuentos populares que tienden a confundir o exagerar la verdad de dicha conquista. Una viñeta que le molesta especialmente es la que trata sobre el rey inca, Guaynacapa,

¹⁰ Ver otro ejemplo en pág. 122.

quien supuestamente mandó que estos indios sacaran tres dientes de las partes superiores e inferiores de sus bocas. Aunque los indios de Puerto Viejo todavía tienen esta costumbre, Cieza cree que es “una confusión de variedad” del vulgo que “fing[e] desvarios no pensados, que después quedan en el sentido de las gentes, y no ha de servir para entre los cuerdos sino de fábulas y novelas” (210). Sin embargo, puede que el dilema no sea interesante a todos sus lectores. Por eso agrega, “[y] esta digresión quiero hacerla en este lugar para que sirva en lo de adelante; pues las cosas que ya están escritas, si se reiteran muchas veces es fastidio para el lector” (210). Prefiere decir lo que quiere una vez por todas contra las variaciones del vulgo y a favor de la información de “los varones que se hallaron en las consultas y congregaciones y en el despacho de los negocios” (210).

En la *Primera parte*, Cieza sigue recordando al lector que no quiere repetir lo que ya se ha discutido ni entrar en muchos detalles innecesarios. Por ejemplo, sobre la misma costumbre de los guancavilcas de sacarse los dientes dice, “por haber ya declarado su traje y costumbres no quiero en este capítulo tornar a repetir” (225). O en cuanto a las hojas de un árbol en Popayán (Colombia) que se usan para teñir el color negro perfectamente, explica, “[r]ecitar las particularidades con que y cómo se hacen estas colores téngalo por menudencia, y parésceme que basta contar solamente lo principal” (370). Y después de un capítulo sobre las costumbres de Cali (Colombia), escribe, “[p]rosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo ni escribir más de lo que hace al propósito de mi intento, diré lo que hay desde esta ciudad de Cali a la de Popayán” (149-50). Al decir “no quiero repetir,” “basta contar solamente lo principal” “y no tengo de ser largo” Cieza desarma el fastidio del lector cuando llama la atención a la longitud de su propio discurso. Así, puede extender su narrativa con repetidas excusas que humanizan la frialdad de la crónica y captan la benevolencia de los lectores.

La digresión, la pregunta retórica, el *dubitatio*, la antítesis, y la elipsis

Ya hemos visto que Cieza combina varios tropos y tópicos. Posiblemente para mejor seguir las pautas que Cicerón y Quintiliano recomiendan para captar la benevolencia del público, Cieza no solamente depende más del *digressio* y el *dubitatio* sino que emplea una selección de otros recursos

retóricos como el *sibi ipsi responsio* (pregunta retórica), el *contrarium* (antítesis), y el *dissolutum* (elipsis) en su discurso sobre las tierras americanas (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 164, 166; Quintiliano, lib. ix, vi, i, 312-13, 370-71).

En las *Elegías*, hay una profusión de las mismas modalidades heredadas de la poética clásica y española del siglo XV (Pardo, *Estudios* 134). En su estudio de la obra, Pardo señala varias parejas antitéticas como “vivir”-“muerte”, “amargos”-“dulces” y “pesados”-“livianos” tanto como la elipsis del sustantivo “aceros” en “[p]ues es el valeroso Juan Aceros / [q]ue vivos los [aceros] tenía y muy enteros” (137-38). Aunque la tradición exigía tales juguetes y acertijos, son, según el crítico, en su mayor parte sencillos reflejos “del natural gracejo” o “socarronería” del poeta (Pardo, 134).

Para Cieza, el *contrarium* primero sirve para demostrar la diversidad y variedad de Popayán cuando escribe:

En esta provincia hay unos pueblos fríos y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en un [sic] tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte, al reino del Perú que comienza del largo della al oriente (104-05).

Cada pareja contiene palabras opuestas como vemos en “fríos”/“calientes,” “sanos”/“enfermos,” “una parte”/“otra parte,” “mucho”/“poco,” y “comen”/“no la comen.” Así, la acumulación antitética produce cierto equilibrio y simetría renacentistas que embellecen la escritura.

Después, la elipsis funciona bien para realzar la asombrosa abundancia de Trujillo:

También hay cidras, toronjas, limas, limones. Frutas de las naturales hay muchas y muy buenas. Sin esto, se crían muchas aves, gallinas, capones. De manera que se podrá tener que los españoles vecinos de esta ciudad son de todos proveídos, por tener tanta abundancia de las cosas ya contadas; y no falta de pescado, pues tiene la mar a media legua (268).

Sin la “y” final entre “limas, limones” y “gallinas, capones” la enumeración parece seguir adelante en forma indeterminada. Así, mientras la tierra sobresale aun más rica que nunca, la lectura de la historia se vuelve cada vez más sonora y agradable. Igualmente, en una lista de los diferentes

árboles del Perú, Cieza omite la “y” final cuando dice, “[a]lgunos dellos, que son los aguacates, guayabos, caimitos, guabos, llevan fruta de la suerte y manera que en algunos lugares desta escriptura he declarado” (365).

Castellanos emplea la digresión en las *Elegías* cuando está en transición entre temas. Escribe, por ejemplo, “[a] cosas de Cubagua y Margarita / [a] spiraba, letor, mi flaca pluma / [a] dar de relación tan infinita / [a]lguna recogida y breve suma; / [p]ero dame Sedeño tanta grita / [r]ogando que su causa se resuma, / [q]ue primero que dellas es forzado / [a]cabar lo que dél he comenzado” (83). Asimismo, durante su larga descripción de todos los cultivos que hay en los llanos peruanos, Cieza pregunta retóricamente, “[p]ero ¿para qué voy contando esto, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraron?” (262). Esta pequeña interrupción otra vez entretiene al lector cuando llama la atención al narrador y, así, rompe la monotonía del tema sobre el trigo, la cebada, los higuerales y más.

Otra manera de enfocar la atención del lector en el carácter suplicante del narrador es con el uso del *dubitatio* (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 164). Varias veces Castellanos, por ejemplo, no parece estar seguro de sus datos en las *Elegías*. Sobre todos los soldados españoles diestros admite, “y otros, no sé cómo / [p]ueda decir sus nombres por entero, / [p]ues es esta distancia tan notoria, / [q]ue aunque los vi, se pierde la memoria” (78). Sobre Cubagua y Cariaco luego confiesa, “[y] aun no sé si podré tener por cierto / [l]o que dice Monardes del tabaco” (Castellanos 93).¹¹ Por su parte, Cieza emplea el mismo tópico en el siguiente discurso sobre la fundación de Loja, Perú: “Y no embargante que a mí me conste haber poblado el capitán Diego Palomino, por no saber la certidumbre de aquella población ni los nombres de los pueblos, dejaré de decir lo que de las demás se cuenta, aunque basta lo apuntado para que se entienda lo que puede ser” (237-38). Aunque admite que esta vez ignora todos los nombres de los pueblos, nos asegura que con lo dicho tenemos todo lo que realmente necesitamos saber. Luego, en vez de un pueblo, se le escapa el nombre de una persona cuando dice, “[e]stos indios [del valle de Jauja, Perú] cuentan una cosa muy donosa, y es que afirman que su origen y nacimiento procede de cierto varón (de cuyo nombre no me acuerdo)” (306). Cuando no sabe por seguro si un rey incaico mandó construir grandes bultos de piedra para conmemorar su victoria sobre los

11 Ver otros ejemplos en las *Elegías* (77, 139, 141-42, 153-54, 175, 192, 213).

indios de Pacara (Perú) también le conviene el *dubitatio* perfectamente para confesar, “si es así, yo no lo sé más de lo que dicen” (346).

El tamaño del Lago Titicaca de Bolivia y Perú resulta especialmente confuso para Cieza. Aunque pondera, “[e]n fin, en esto y en las olas que hace cuando el viento la sopla parece algún seno de mar; querer yo decir cómo está reclusa tanta agua en aquella laguna y de dónde nace”, simplemente concluye, “no lo sé” (348). Este tipo de *dubitatio* además sirve también como un tipo de *occupatio*, ya que en realidad dice, mientras piensa en voz alta en lo que debería, o no, decir. En forma mucho más concisa sobre la lana de las vicuñas libremente revela, “[n]o sé yo si se podían hacer paños della” (364).

El *pathos*

En otras ocasiones, Cieza enfatiza la dureza del viaje y los terribles peligros que sufrieron las tropas españolas. Para lucir más humilde ante el público utiliza la misma simpatía por las dificultades del ponente a que alude Aristóteles en su *Retórica* (2207-09) y que describen el *calamitatem* de Cicerón (*Rhetorica ad Herennium* 14-15) y el *miserationis* de Quintiliano (lib. ix, ii, 378-79).

Para los cronistas, el tópico era indispensable para comunicar las dificultades de la conquista. Cortés recuerda a Carlos V que sus hombres se encontraban “sin guía” y “metidos entre las más espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese” (247). Ercilla escribe vividamente, “[n]unca con tanto estorbo a los humanos / quiso impedir el paso la natura / y que así de los cielos soberanos, / los árboles midiesen el altura, / ni entre tantos peñascos y pantanos / mezcló tanta maleza y espesura, / como en este camino defendido, / de zarzas, breñas y árboles tejido” (486). Ya vimos que Castellanos siente el terrible trabajo, desventura, hambre y muerto que sufrieron las tropas españolas en el Nuevo Mundo.

Cieza incorpora el mismo tipo de *pathos* cuando explica que los españoles tuvieron que pasar por el Río Apurima (Perú):

Cuando yo volví a la ciudad de los Reyes después que hubimos desbaratado a Gonzalo Pizarro pasamos este río algunos soldados, sin puente, por estar desecha, metidos en un cesto cada uno por sí, descolgándonos por una maroma que estaba atada a los pilares de una parte a otra del río, más

de cincuenta estados: que no es pequeño espanto ver lo mucho a que se ponen los hombres que por las Indias andan (321).

Con el posible *subiiciet oculis* (Quintiliano, lib. ix, i, 372-73) Cieza nos hace posible visualizar el escenario de las canastas que parecen volar precariamente por un cordón sobre las rocas y los rápidos del río abajo. Para Ballesteros, el *pathos* aquí sirve especialmente para reforzar la veracidad del relato (321).

En su capítulo sobre las montañas de Abibe (Colombia), Cieza pinta otra escena dramática para el lector. A pesar de las medidas que tomó el capitán Vadillo para ayudar a que sus tropas atravesaran “las laderas muy derechas y malas”, leemos que:

[N]o dejaron de depeñarse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaron en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, por que no los llevasen los que iban sanos si los vieron (96).

El sufrimiento de los animales se visualiza con el uso del verbo “depeñarse”. Asimismo, la elección por algunos hombres de esconderse para morir es un recuerdo sobrecogedor de cuán grande era su miseria.

Estas montañas debían haber sido horrendas para atravesar ya que Cieza vuelve a repetir cuanto duró el trauma de las tropas un poco más adelante:

Hallámonos tan tristes en vernos metidos en unas montañas tan espesas que el sol ahína no lo veíamos, y sin camino ni guía, ni con quien nos avisase si estábamos lejos o cerca del poblado, que estuvimos por nos volver a Cartagena. Mucho nos valió hallar de aquella madera verde que conté haber en Abibe, porque con ella hicimos siempre lumbre toda la que queríamos. Y con la ayuda de Dios, a fuerza de nuestros brazos, con los cuales íbamos abriendo camino, pasamos estas montañas, en las cuales se quedaron algunos españoles muertos de hambre, y caballos muchos (110).

Sólo la intervención divina combinada con la tenacidad y la voluntad de vivir salvaron a los españoles. Sin embargo, la espesura que escondía el sol podría ser un ejemplo de la *veritatis supralatio* que Cicerón recomienda para exagerar los hechos (*De oratore*, lib. iii, 162).

Pero no todo el *pathos* que utiliza Cieza es para los españoles. De una comunidad de indios en Perú, explica:

Y cuando los señores morían, se juntaban los principales del valle y hacían grandes **lloros**, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ninguno, y con atambores y flautas salían con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más a menudo, para provocar a **llorar** a los oyentes. Y habiendo **llorado**, hacían sacrificios [...] antes que los metían en las sepulturas los **lloran** cuatro o cinco o seis días, o diez . . . **llorándolo** con grandes gemidos y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto sienta vivo (énfasis es mío, 257).¹²

Cieza utiliza sutilmente cinco diferentes formas de la misma palabra, llorar, para realzar el luto del pueblo por su líder difunto. Estas variaciones de la misma palabra, conocidas como *mansobre* en el siglo XV español, pueden ser ejemplos del *multis modis* de Quintiliano (lib. ix, i, 370-71) o el *repetitio* que Cicerón menciona para agregar fuerza y encanto a la ponencia (*De oratore*, lib. iii, 164). A Castellanos le encantó la técnica que probablemente heredó de Garcilaso de la Vega y Fernando de Herrera quienes también perfeccionaron el artificio (Pardo, *Estudios* 129).

La belleza natural

De la poesía antigua, la prosa heredó varios tópicos asociados con el paisaje, las épocas míticas y los lugares perfectos (Curtius, 126). Uno de estos lugares, “el paraíso terrenal” se menciona directamente por Cieza al principio de su capítulo sobre el Río de Santa Marta en Colombia (153). Otro tópico similar es el *locus amoenus* o paisaje idealizado que se remonta hasta Homero, Virgilio, San Isidoro y otros clásicos. Ellos institucionalizan los lugares “amenos” y “hermosos” para todas las descripciones de la naturaleza en la tradición europea (Curtius 268, 276, 280). Curtius identifica los árboles, una fuente o arroyo, un prado de flores, una alfombra de césped, un canto de aves, una brisa y una gruta como componentes esenciales para estos lugares (268, 277, 280).

Desde Colón, la misma idealización de la naturaleza ha sido un tópico constante en las crónicas de la conquista española de América. Según Las

12 Mi elipsis sirve para cortar este largo pasaje.

Casas, el Almirante “nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, hermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera; aves muchas y paxaritos que cantaban muy dulcemente” (125). En Chile, Ercilla menciona “las aves”, los “altos árboles”, la “espaciosa plaza” y todo “cercado de una amena y gran floresta” (57). Castellanos se fascina de las “aves”, la “fresca sombra”, los “verdes prados”, los “amenos lugares”, el “frescor del manso viento”, y las “traspuestas flores” de la isla Margarita (120-21). Como veremos, Cieza no se aleja de esta tradición.

Entre Cali y Popayán, por ejemplo, aparecen las fuentes y praderas del *locus amoenus* cuando Cieza escribe, “[I]os ríos que están en la cordillera o sierra de los Andes abajan y corren por estos llanos y vegas y son de muy linda agua y muy dulce” (152). A su vez, estos ríos producen una plétora de fruta como:

[H]ay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas, raltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimito, ciruelas; otras frutas hay muchas y en abundancia, y a su tiempo singulares; melones de España y mucha verdura y legumbres [...] todas las riberas están llenas de frescas huertas [...] para ser bueno [el sitio] ninguna cosa le falta (143).¹³

El *dissolutum* (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 164) de la “y” entre los diferentes frutales a veces refuerza la abundancia de la escena bucólica. Se complementa por el *cadunt similiter* (Cicerón, *De oratore*, lib. iii, 164) y la tradición poética que Cieza hubiera conocido para agrupar palabras en parejas armónicas como “limas” y “limones,” “granados” y “grandes,” “platanales” y “cañaverales,” “cañaverales” y “cañas,” y “guayabas” con “guabas” y “guanabanas” (143).

Cieza describe que los españoles escogieron las áreas más amenas para vivir. Una región especialmente bella es la de Pasto, “asentada en un muy lindo y hermoso valle, por donde se pasa un río de muy sabrosa y dulce agua, y otros muchos arroyos y fuentes” (163). Este mundo pastoril con aguas tranquilas es un recuerdo de la mítica Edad de Oro cuando, según el Quijote, “[I]as claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia,

13 Otra vez, uso la elipsis para cortar un pasaje largo.

sabrosas y transparentes aguas les ofrecían” (Cervantes I, 155). Asimismo, Cieza dice que los aposentos de los incas en Riobamba están situados “en unos muy hermosos y vistosos campos, muy propios a los de España en el temple, hierbas y flores y otras cosas, como sabe quien por ellos han andado” (191). La descripción se asemeja mucho a Gonzalo de Berceo, quien también se encontró en “un prado, / verde y sençido, / de flores poblado” y quien gozaba de “[l]a verdura del prado, / la olor de las flores, / las sombras de los árboles / de temprados sabores” (47-48).

En Perú, Cieza afirma que “es gran delectación caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescuras” porque “[c]osa mala, ni serpientes, culebras, lobos, no los hay” (263). La imagen de un lugar utópico sin cosas malas otra vez alude a la Edad de Oro en que, según el Quijote, “ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*” y “todo era paz entonces” (Cervantes I, 155-56). Al respecto, Colón menciona que los indios “se cortaban con ignorancia” al tomar las espadas españolas por el filo (111) y, en Margarita, Castellanos comenta que los soldados españoles “[n]o se temían asechanzas hechas, / [h]ambre ni sed á todos importuna” porque “todos reposaban faltos / [d]e pesadumbres y de sobresaltos” (120).

En las afueras de Lima hay otra región que le encanta a Cieza por la misma perfección y tranquilidad. Su siguiente descripción mítica parece más bien de la Edad de Oro:

Y cierto, para pasar la vida humana, cesando los escándalos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre, ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos, antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso (273).

La ausencia de tales “trastornos atmosféricos” como tormentas, truenos, nubes, y rayos es una característica de los Campos Elisios, un tema de repertorio en la poesía clásica (Curtius, 126).

Además de los arroyos, las praderas, y las flores del *locus amoenus* que hemos visto en otras partes de los Andes, el valle de Pacasmayo, Perú cumple con el requisito de las aves que Cieza escribe a continuación: “[M]e pareció extremadamente bien este valle, y alababa a Dios viendo su frescura, con tantas arboledas y florestas llenas de mil géneros de pájaros” (266).

La hipérbole (Quintiliano, lib. ix, vi, 338-39) “mil” realiza la maravilla de Cieza ante la diversidad de la fauna del Nuevo Mundo. Cieza bien hubiera visto tal exageración en Colón, quien declara, “vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía toma[n]do me dezían por señas que eran tantas y tantas que no avía número y anombraron por su nombre más de ciento” (113).

El *intellectum tibi dabo*

Otro tópico de que se sirve Cieza para mejor captar la benevolencia de sus lectores es el *intellectum tibi dabo* por el cual un autor imparte “cosas nunca antes dichas” (Curtius, 131). De posible origen bíblico (Giron, 63), se incluía por los poetas de la Grecia antigua en el exordio para renovar los temas considerados ya gastados o excesivamente tratados (Curtius, 131-32). Luego, Virgilio, Dante y Ariosto, entre otros, lo desarrollaron para embellecer sus obras (132). En la Edad Media española, al referirse a sus diferentes lectores en el “Prólogo” de su *Libro de Buen Amor*, el Arcipreste de Hita hasta dice con confianza, “puede cada uno bien decir: *Intellectum tibi dabo e cetera*” (63). Cuando los indios saquearon las capillas construidas por los españoles Castellanos explica, “[d]esmembraron el santo crucifijo / con nunca jamás vistos vituperios” (110). Ercilla afirma que aun escribió en el tronco del árbol más grande, “[a]quí llegó, donde otro no ha llegado, / don Alonso de Ercilla, que el primero en un pequeño barco, deslastrado, / con solos diez pasó el desaguadero” (496).

Aunque no llega a citar el tópico directamente como el Arcipreste, Cieza sí clarifica que también tiene nuevas noticias importantes que impartir. En una ocasión aun usa el tópico para uno de sus capítulos, apropiadamente titulado, “Cómo se descubrieron las minas de Potosí, donde se ha sacado riqueza nunca vista ni oída en otros tiempos, de plata y de cómo por no correr el metal la sacan los indios con la invención de las guairas” (358). Poco después, en su capítulo sobre las ovejas, guanacos y vicuñas de la serranía andina, vuelve a declarar, “[p]aréceme que de ninguna parte del mundo se ha oído ni entendido que se hubiesen hallado la manera de ovejas como las destas Indias, especialmente en este reino, en la gobernación de Chile y en algunas de las provincias del río de la Plata” (362). Cuando agrupa estos ejemplos hacia el final de la *Primera parte* así, puede que

Cieza desee interesar a sus lectores una vez más con lo novedoso lo más rápido posible antes de concluir.

Conclusión

Como hemos visto, no es nada nuevo reconocer el uso de tropos retóricos en general en las cuatro partes de la *Crónica del Perú*. Tampoco es novedoso elogiar el estilo claro y hermoso que Cieza usa para escribir su obra. Lo que sí plantea, en cambio, esta detallada lectura de la *Primera parte* es una nueva visión de los tropos y tópicos en la obra, un análisis más profundo de su función y una nueva valorización del legado “literario” y poético que Cieza hereda y aun establece en América. La presencia de tales tópicos tan poco estudiados como “lo indecible”, el *fastidium*, la *pauca e multis*, el *dubitatio* y el *occupatio*, entre varios otros señalados por la Antigüedad y la tradición española, es suficiente para concluir que Cieza, al par de un Inca Garcilaso, un Francisco López de Gómara o un Bartolomé de Las Casas, es uno de los cronistas más hábiles en el “arte” de escribir de la época colonial.

Concluyo que tales recursos reflejan el sólido entendimiento de Cieza de no solamente qué tipo de retórica había que usar sino cuándo y cómo usarla para embellecer o aun politizar la obra. Muchos de estos tópicos eran normas convencionales del día. En Colón vemos, por ejemplo, la hipérbole, el mito de la Edad de Oro y el *locus amoenus* para convencer a los Reyes Católicos de que su empresa vale su inversión. Cortés emplea tanto “lo indecible” como el *pathos* para persuadir al Rey que las riquezas que trae de México compensan su desobediencia. Ercilla anuncia lo nunca oído antes desde Chile con el *intellectum tibi dabo* y Castellanos se deleita en la digresión para decorar su voluminosa tarea.

Al echar un nuevo vistazo a la sofisticación y densidad “literaria” de la obra de Cieza, a lo mejor comprendemos la continuada relevancia de la *Crónica del Perú* y del mismo Cieza de León como materia y personaje respectivamente en tales novelas históricas contemporáneas de Colombia como *La pasión del mariscal Jorge Robledo* de Raúl Aguilar Rodas (1998) y *Los que se van y no vuelven* de Rocío Vélez de Piedrahita (2008). Esta nueva visión de la *Primera parte* podría servir además de plataforma para reevaluar y estudiar en forma “literaria” las otras tres partes de de la *Cróni-*

ca del Perú. Como resultado, Cieza, puede seguir asumiendo su merecida posición dentro del canon de la literatura hispanoamericana colonial del siglo XVI.

Bibliografía

- Alba, Guillermo Hernández de. “Elogio del cronista del Nuevo Reino de Granada y del Perú, Pedro de Cieza de León” en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, N.º 128. Madrid, 1951, 379-88.
- Ángel, Manuel Uribe. *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia*. París: Victor Goupy y Jourdan, 1885, ix, en: Google Book Search. Web. [consultado 14. Jul. 2010].
- Aristóteles. *Rhetoric: The Complete Works of Aristotle*. Princeton: (Ed.) Jonathan Barnes, 1985, Vol. 2.
- Ballesteros, Manuel (Ed.) *La crónica del Perú*. Por Pedro de Cieza de León 1553. Madrid: Dastin, 2000.
- Berceo, Gonzalo de. *Milagros de nuestra señora*. (Ed.) Juan Manuel Cacho Blecua. Madrid: Espasa Calpe, 1991.
- Castellanos, Juan de. *Las elegías de varones ilustres de Indias*. (Ed.) Isaac J. Pardo. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962.
- Castillo y Guevara, sor Francisca Josefa. *Los afectos espirituales*. Bogotá: ABC, 1942, 2 Vols.
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. (Ed.) Luis Andrés Murillo. Madrid: Castalia, 1987, 2 Vols.
- Cicerón. *De oratore*. (Eds.) T. E. Page y H. Rackman. (Trad.) E. W. Sutton y H. Rackman. Cambridge: Harvard UP, 1976, Vol. 2.
- _____. *Rhetorica ad Herennium*. (Ed.) G.P. Goold. (Trad.) Harry Caplan. Cambridge: Harvard UP, 1999.
- Cieza de León, Pedro de. *La crónica del Perú*. (Ed.) Manuel Ballesteros. 1.ª ed. Madrid: Dastin, 2000.
- Colón, Cristóbal. *Textos y documentos completos*. (Ed.) Consuelo Varela. 2.ª ed. Madrid: Alianza, 1992.
- Cook, Alejandra Parma y Noble David Cook, (trads y eds.) *The Discovery and Conquest of Peru. Chronicles of the New World Encounter. Pedro Cieza de León*. Durham: Duke UP, 1998.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. 15ª ed. México, D. F.: Porrúa, 1988.
- Curtius, Ernest. *Literatura europea y Edad Media Latina*. (Trad.) Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1955, Vol. 1.

- Ercilla, Alonso de. *La araucana*. 6ª ed. México, D.F: Porrúa, 1986.
- Fossa, Lydia. “Leyendo a Cieza de León: de la Capacocha a la Capac Hucha”, en: *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo. Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Providence, RI: Brown UP, 75-90.
- Girón Alconchel (Ed.) *Libro de buen amor*. Por Juan Ruiz, Arcipreste de Hita 1330. Madrid: Castalia, 1989.
- Lanham, Richard. *A Handlist of Rhetorical Terms*. Berkeley: U de California P, 1969.
- León, Pedro R. “El gesto heroico: la muerte de Francisco Pizarro en la narración de Cieza de León”, en: *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977*. Toronto: U de Toronto, 1980, 446-50.
- _____. *Algunas observaciones sobre Pedro de Cieza de León y la Crónica del Perú*. Madrid: Gredos, 1973.
- Lisi, Francisco L. “Oralidad y escritura en la crónica de P. Cieza de León”, en: *Hispanérica*, 1991, N.º 19, 175-85.
- Pardo, Isaac J. *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de varones ilustres de Indias*. Caracas: Universidad Central, 1962.
- Pease, Franklin. “Cieza de León y la Tercera Parte de la Crónica del Perú”, en: *Revista Interamericana de Bibliografía*, 1984, 403-18.
- Piedrahita, Rocío Vélez de. *Los que se van y no vuelven*. Medellín: Universidad EAFIT, 2008.
- Quintiliano. *Institutio oratoria*. (trad). H.E. Butler.. Cambridge, MA: Harvard UP, 1986, Vol. 3.
- Rodas, Raúl Aguilar. *La pasión del mariscal Jorge Robledo*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1998.
- Ruiz, Juan. *Libro de buen amor*. Ed. José Luis Girón Alconchel. Madrid: Castalia, 1989.
- Someda, Hidefujii. “Un modo de cómo reconocían la cultura andina a los europeos del siglo XVI”, en: *América indígena* Vol. 54, N.º 4, 1994: 263-72.
- Tirado, Hernando Restrepo. *Estudios sobre los aborígenes de Colombia*. Bogotá: de La Luz, 1982, en: *Google Book Search*. Web. [Consultado 14. Jul. 2010].
- Vaca, Álvaro Núñez Cabeza de. *Naufragios y comentarios*. 7.ª ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1985.
- Zaro, Juan. “Translation and Historical Stereotypes: The Case of Pedro Cieza de León’s Crónica del Perú”, en: *Traduction, Terminologie, Rédaction: Etudes sur le Tete et Ses Transformations*, Vol. 13, N.º 1, 2000, 113-55.
- Zerda, Liborio. *El Dorado*. Bogotá: Impr. de Silvestre y compañía, 1883.

Mito y España

Mito and Spain

Pablo Montoya Campuzano*
Universidad de Antioquia

Recibido: 3 de noviembre de 2010. Aprobado: 30 de noviembre de 2010 (Eds.)

Resumen: para comprender el papel que después cumplirá la revista Mito en Colombia, es indispensable conocer la labor de Baldomero Sanín Cano. *Mito* es, sobre todo, una respuesta de una nueva generación de poetas al ideario hispánico enarbolado por la generación Piedra y Cielo. *Mito* inaugura un diálogo de igualdad entre poetas colombianos y poetas españoles, es el producto literario de una generación de escritores que habrían de intervenir directamente en un proyecto político que ha dejado consecuencias nefastas en la Colombia de ahora, el Frente Nacional. Sus páginas se abrieron a diferentes culturas y su espíritu político se afincó en una libertad de expresión admirable para un país donde palpataba una noción de hispanidad represiva. La esencia de *Mito* consiste en un pluralismo ideológico al que sólo se le exigió cumplir requisitos éticos.

Descriptores: Revista Mito; relaciones literatura española y colombiana; siglo XX; apertura cultural; compromiso político.

Abstract: To understand the role the journal Mito exerted on Colombian culture, it is necessary to know the work of Baldomero Sanin Cano. Mito is, above all, a response of a new generation of poets with an anti Spanish expression to the previous one, Piedra y Cielo, which enthusiastically proclaimed Spanish ideals. In consequence Mito opens up a dialogue of equality among Colombian and Spanish poets, it is the literary product, of a generation of writers who would directly participate in a political project that has left terrible consequences for the present of the country, the so called Frente Nacional. Its pages opened to different cultures and its political spirit was based on a freedom of speech admirably for a country permeated by a repressive notion of Spanish culture. The essence of Mito consists in an ideological pluralism that only required fulfilling ethical principles.

Key words: Mito journal; Spanish and Colombian literature relations.

* Doctor en Literatura Latinoamericana, Universidad de la Sorbona, París III. Actualmente es profesor de la Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia (pablojose@embera.udea.edu.co).